

Citation: Juan Antonio Mercadal [Francisco Mariano Nipho o Juan Enrique de Graef] (Ed.): "Número XV", in: *El Duende especulativo sobre la vida civil*, Vol.1\15 (1761-09-05), pp. 359-389, edited in: Ertler, Klaus-Dieter / Hobisch, Elisabeth (Ed.): The "Spectators" in the international context. Digital Edition, Graz 2011-2019, hdl.handle.net/11471/513.20.329

Número XV.

*Ploravere suis, non respondere favorem
quasitum meritis.*

Horat.

[El punto de Honor à la Moda]

No hay principio que sea capaz de inducir el hombre à una accion buena, laudable, y hermosa, que no merezca aprobacion, y fomento: pero como los hombres son tan variables en su modo de pensar, no todos los principios obran en los espíritus, una misma cosa; y aquello que unos executan por principio de conciencia, obligacion, religion, &c. lo executan otros por estímulo de *Honor*, ò para mejor decir, por incitamento de la Moda.

Apenas hay palabra, cuyo significado se conozca menos, por lo que es en sí, que la palabra *Honor*. El sentido de esta voz, es tan extraño, y tan delicado para nuestra percepcion, que los verdaderamente Nobles, ò los que fueron educados con exemplos heroicos, y rectitud de animo, son los unicos, que al parecer pueden pretender à comprenderle. El *Honor* es principio, y fin de sí mismo. Si le miramos como principio de alguna accion, la diferencia que hay entre él, y la virtud, consiste en el grado, en que à esta incluye, como la generosidad incluye à la justicia; y si le miramos como fin, es irreparable de la accion misma, que se executò en fuerza de este principio. Decir un hombre à otro, que es honrado, es caracterizarle en una expresion sola, con el principio de la cosa, que le califica tal, y conferirle para fin el premio que merece. La palabra *Honor*, tomada en la aceptacion comun por principio, no comprende, ni tampoco incluye positivamente à la Virtud, y entendida como fin, ò premio, dispone no pocas veces para el Vicio: porque la ceguedad, y servidumbre de la razon humana, causan tales efectos, que el hombre suele ahuyentar de sí la virtud, por timidez, ò indolencia; y la esperanza de lograr sus deseos, suele muchas veces ser culpa, que se abraza con los vicios.

No hay cosa mas fatal, ni mas perniciosa para el bien de la Sociedad, que un principio de accion mal entendido. Es necesario considerar al *Honor* baxo de tres distintas representaciones, y con relacion à tres classes de personas. En primer lugar, le debemos considerar en su verdadera esencia, y respecto à los sujetos, que efectivamente le conocen: en segundo, en su naturaleza, y respecto à los que le conocen erroneamente; y en tercero, en su existencia metaphysica, para aquellos que le tratan de ridiculo, y de quimera.

En primer lugar, el verdadero *Honor*, aunque por principio sea distinto de la Religion produce, sin embargo, casi los propios efectos. Las lineas de una accion, aunque tiradas por diferencia de partes, se terminan à un mismo centro. La Religion abraza à la virtud, por mandato expreso de la Ley de Dios; y el *Honor* la abraza como cosa generosa, y excelente, y por adorno exquisito de la Naturaleza. El hombre religioso, teme de cometer un delito: el hombre honrado, lo aborrece. Este contempla el vicio como cosa denigrativa à su persona; el otro le mira como hecho que ofende à la Magestad Divina: aquel le tiene por Inconveniente; este por prohibido. *Seneca* habló natural, è ingeniosamente, quando dixo, que, aun quando no huviesse Dios, ni temor de castigo, no quisiera cometer delito alguno, considerando qual es la vileza, y la despreciable constitucion de su naturaleza.

Muchos, que solo conocen el *Honor* por nociones arriesgadas, ò erroneas, establecen por infalibles, y de rigurosa observancia, ciertas leyes, directamente opuestas à la de Dios, ò de la Patria. Hablo de aquellos, que se imaginan encontrar mas gloria en vengar, que en perdonar una injuria: de aquellos, que no hacen escrupulo de mentir, y pretenden matar à quien les acuse de mentirosos: de aquellos, que cuidan mas de conservar su reputacion

por valentia, que por virtud. La verdadera fortaleza es tan propia de la Naturaleza humana, que apenas se puede dár nombre de hombre, à quien no la tenga; pero en todas partes hay personas, que abusan de una virtud, que solo conocen por la idèa, que forman del *Honor*, haciendo consistir su essencia en una brutalidad sin tino. Muchos pretenden el titulo de hombres honrados, que por sus acciones debieran ser castigados severamente. No se puede negar, pues, que los medios que muchos emplean para lograr el *Honor* como premio, son en varias ocasiones plausibles; pero los muelles que hacen mover para ello, no ocultan pocas veces el terrible veneno. El que defendiò à una Dama, libertandola del peligro, ù del insulto à que estaba expuesta su persona, se precia arrogantemente de Cavallero honrado; y el otro que satisfizo à un empeño, en contravencion del interès, se condecora con el propio caracter. Pero el primero, ò el Campeon de la Dama, la tenia de antemano, precipitado en una comunicacion sospechosa, y si la diò favor, fue contra aquellos, que exploraban su conducta, y querian saber la verdad del rumor que corria sobre su amistad libidinosa. El fin de este pretendido *Honor*, y con que se quiso calificar de honrado este sugeto, era sellar con una muerte alevosa un cariño, y frustrar la familia de la venganza, que meditaba hacer en su persona. Y el segundo, que se hizo martyr de su palabra, ò de su empeño, quiere ser honrado, porque pagò una deuda, que una Dama havia contrahido en el juego: donde, como lo dice *Colombina* en el *Mercader engañado*, se abren todas las bolsas, quando una Dama bonita juega desafortunadamente.

Muchos retratos pudiera yo hacer de aquellos, que se dexan alucinar por el falso *Honor*. *Timagenes* es el hombre mas maldiciente, que se conoce en el Regimiento; y al propio tiempo mata à otro, porque hablò mal de un amigo suyo. Antepone el *Honor* de la confianza de un traydor, à la conservacion de su Patria. Matò à un Joven por haver murmurado de la conducta de una Dama, la que èl mismo havia deshonorado con un proceder infame. Finalmente, *Timagenes*, despues de haver arruinado à muchos pobres Oficiales, que le prestaron dinero, y à otros tantos Mercaderes, que le fiaron sus generos, vendiò su Patrimonio, con pretexto de pagar à sus Acrehedores; y pretende que le tengan por hombre de honra, solo porque satisfizo las deudas, que procedian del juego; y que à su entender son las unicas, que debe pagar un hombre honrado.

El punto de *Honor* queda marchitado en el systema de aquellos, que lo conocen por principios erroneos, quando un agraviado, y ofendido, si es hombre de espada, esto es, Militar, Noble, ò diestro en las Armas, se dirige à superiores, amigos, ò parientes, para quejarse del insulto que le han hecho, y procurar se termine à lo amigable su querella. Y en efecto, yo tambien, como Modista, considero como cobardia, y apocamiento de animo en un Hidalgo, semejante recurso. No se entrevè una cierta herocidad [sic], una grandeza de animo, y una especie de distincion, en haver quitado la vida à un Ciudadano, à un amigo, à un pariente, para vengarse de una palabra equivoca, ò mal entendida, ò por una, ù otra friolera, sin consecuencia? Los Antiguos *Britanicos* decian, que el mejor medio para satisfacer à quien se sintiese agraviado, era empeñandole en tomar las armas, à fin de matarle, si la fortuna le fuesse adversa. Es verdad, que estos Pueblos ignoraban el heroysmo, que hay en no sufrir injuria alguna, y que no conocian el gusto de matar à quien solamente nos haya pisado sin quererlo, à fin de poder vivir fugitivo, y proscrito de su Patria, y de poder exagerar su nobleza, y valor en el destierro. Como estos Pueblos no tenian noticia de la verdadera essencia de la honra, creian buenamente, que las armas debian juzgar las questionnes de un modo glorioso.

Si en la Historia Griega, ni en la Romana, hallamos noticia de que estos pueblos se desafiassen, para probar, que una Dama no debe despreciar el galanteo de uno, para admitir el de otro: que errò el Ministro en sus providencias: que una Cantarina, tiene la mas bella voz que jamàs tuvo persona humana: que nuestra opinion, en qualquiera cosa, es la mas cierta, y verdadera: es porque hacian alarde de ser pusilanimos en combates particulares, y que estimaban mas ser hombres de lengua, que de manos.

La defensa del *Honor*, manifiesta en qualquiera lance, que al propio tiempo, que hemos hecho tantos progressos en el valor, nos los ha hecho menos la Philosophia, la Eloquencia de la Espada. Què Lògico, por sutil que sea, podrà esperar vencer con sus argumentos à un hombre, que le saca una espada de buen temple para redarguirse con ella? Que tome los Naypes aquel Bachillèr famoso, que aturdiò toda la Universidad, y pareciò el azote del General; presto se verà obligado à desamparar la palestra, y à confessar, que mas sophismas se aprenden en un mes en casa de un Maestro de Armas, que en diez años en las Aulas de Salamanca. Algunos, de aquellos que se atrevieron à condenar el aprecio, que el Público de la Moda hace del modo de valerse de este genero de silogismos, que se podrian reducir brevemente à las figuras de *Barbara*, y *Celarent*, no se atrevieron en ciertas

ocasiones à sostener su dictamen, hasta que corridos de no poder argumentar como otros, se dexaron vèr armados, desgraviando pùblicamente à los Professores de la Noble Arte de Esgrima.

Un sugeto doctissimo en Letras, pero poco introducido en la Lògica de la Moda, se quexaba à otro, de que le havia insultado cruelissimamente. Basta, respondiò el insultador: Vmd. se quexa de que yo le he ofendido: Vmd. es Hidalgo: Vmd. trae espada: pues bien; rnañana à la madrugada prometo darle à Vmd. una satisfacion completa, junto al *Caño Gordo*. Apenas acabò este terrible satisfecedor su argumento, que se fue, dexandome por compaña al desafiado: el qual buelto de la admiracion, y aturdimiento, que le causaba esta invitacion no esperada, me decia suspirando: Què brutalidad tan adeshora! *Don Andrès* confiessa, que me ofendiò, y me promete, que me ha de ofender aun mas sensiblemente mañana. Dice que soy Noble: è infiere de mi nobleza, que es honroso renegar de la razon, que me guia, y de la religion que professo, para sacrificar mi vida à un punto de *Honor*, ridiculo en sì propio! Añadiò, que ciño espada, para darme à entender, que debo empuñarla, y executar un assassinato, o quedar victima de su ira. No seria lo mismo, que me dixesse: A Vmd. he agraviado en la honra; esto es, en la cosa que Vmd. debe estimar mas que la vida. Pero soy demasiado hombre de bien, por no querer remediar en quanto me sea possible la ofensa, que le hize. Hallese Vmd. mañana en tal parage con sus armas acostumbradas, y como sè, que soy mas diestro, que Vmd. en manejarlas, tengo por probable, que podrè darle la muerte, para lavar su ofensa. Esto ha de ser sensible à un hombre, de nacimiento, y de honra: porque siempre constarà por la muerte de Vmd. y por mi huida, que Vmd. me ha pedido satisfaccion del agravio, y que yo no sè le he querido negar, siendo esto quanto yo puedo hacer, y quanto Vmd. puede pedir de un amigo, y criado suyo muy obediente.

Bordaba mi Philosopho relevadamente estas firias [sic], y necias reflexiones, declamando contra aquella, tan noble, como hidalga costumbre, de dár razon al que se quexa de haver sido ofendido, y agraviado. Costumbre, que mi conocido trataba de impertinente, y de cruel provocacion. Pero al fin, como no quiso passar plaza de cobarde, fue al parage del desafio: quedò herido, y aprendiò, escarmentando en sì propio, no despreciar otra vez la excelente Lògica, de los que se fian en lo de uñas arriba, y uñas abaxo, que es la Lògica de las cabezas huecas de los Modistas.

Dicесе comunmente, que el *Honor* ofendido en sus prerogativas, no se dexa manejar de los que marchitaban su delicada belleza, con la misma familiaridad, que antes. El *Honor* es muy parecido à los ojos, que no sufren la menor impureza, sin alterarse. Es piedra preciosa, en que el mas leve pelillo, disminuye considerablemente el valor que tiene; en una palabra, el *Honor* es un thesoro, que una vez perdido, jamás se recobra. Lo que la salvacion es para la otra vida, es el *Honor* en esta: la primera no se puede adquirir sin mucho trabajo; y el segundo no sin mucho primor, y delicadeza. El prudente, considera el *Honor* como una prenda exquisita, que le consuela en sus adversidades, en lugar que el insensato le empeña à cada passo, por cosas de nada. Un cuerpo sin alma, es un cadaver; un hombre sin honra, es un muerto, de quien huye la gente, por el hedor que despide.

Dexèmos de proseguir con estas verdaderas calidades del *Honor*, las que solo debemos suponer existentes entre aquellos pocos sugetos, que apartados del trato de las gentes, ò à lo menos desengañados, no hacen opinion en el gobierno de la Moda. Contemplemosle como flujo, y refluxo en el mar de la vida. El buen proceder puede obscurecerse, y aun ser tenido por desaparecido, por algun incidente de pobreza, ò por tal qual accion, que mira unicamente al interès particular; pero cesandose las causas de su desaparicion, ò obscuridad, siempre, aun que nadie se rebuelva por èl, que no sea embidioso, ò murmurador ocioso, se acuerda uno de su ausencia. *Chrysippo*, mal versò, si creemos las gentes, en el manejo de las dependencias, que estuvieron à su cargo. Muchos le motejaron al principio de poco honrado; pero desde que brilla en un Carro Triunfal, le han buelto su credito. Una infinidad de personas le idolatran; y èl, queriendo dár à entender, que conoce los quilates de la honra, dexa que le esperen en su antesala, aquellos mismos, que autes le daban postes. *Caussidico* sabe, que las Leyes prohiben la Usura, y que no puede decirse honrado el que contraviene à sus disposiciones; pero no le faltan medios para engañar la Ley, y assegurar su honra: porque incluyendo en una misma Escritura interès, y principal, sin distincion de objeto, alucina hasta los mismos Jueces, y disipa, por falta de pruebas legales, las quexas que se dàn de sus extorsiones. Un hombre, publicamente deshonorado, y castigado por sus tergiversaciones, buelve despues del Indulto à exercer el mismo empleo: comete las propias maldades, y con todo esto se quexa, de que, siendo hombre honrado, y hombre que se comporta con muchissima honra, le ajen su fama. No es esto tener nociones erradas de lo que es la honra?

Pero en lo que se manifiesta mas claramente el yerro de los que califican assi el *Honor*, es en la conducta de las mugeres, que hacen de esta virtud civil, y politica, el objeto de todas sus operaciones de amistad, y odio. Hacen consistir el *Honor* en quisquillas, agenos de su essencia. Si la otra la visitò; si se levantò; si la hablò con precision; si la diò el tratamiento correspondiente; si el otro la diò la cera; la desocupò lugar en la Iglesia; la hizo su cumplido en una visita; la dexò ganar al juego: en una palabra, las mugeres hacen consistir el *Honor* en una infinidad de pataratas, en que, ni proxima, ni remotamente, tiene que ver la verdadera estimacion, que debemos tener por el sexo. Ninguna quiere saber, ni hacerse cargo de la verdadera causa, por la qual pierde la honra; mayormente quando esta causa no congenia con sus opiniones. Decir à una muger, que el *Honor* no està ligado à ninguna de sus etiquetas; que estas estàn sujetas à las variaciones de la Moda; dexarlo que el *Honor* es cabal, è invariable por si propio, sin tolerar mudanza, ni disminucion alguna; es mostrarse ignorante en los preceptos, y reglas del Estrado. No es possible decir, que un hombre, ò una muger, sea honrado, y no honrado à un tiempo. El *Honor* no admite ambiguidad, ni partija. El que fue tan infeliz, que el *Honor* hizo quiebra en su conducta, le viò eclipsar en todo, porque su *Honor*, y la vida, puestas en balanza, son de un mismo peso; y la vida sin el *Honor*, no tiene valor, ni precio alguno en el trato de la Sociedad. Por esto dixo un Ingenio, que el *Honor* era como una Isla escarpada, y sin playa, à que no pueden bolver mas los que huviessen salido de ella.

El tercer sentimiento del *Honor*, y que corresponde à la tercera classe de sugetos, es considerarle como cosa ridicula, y fundada sobre principios falsos, y quimericos. Aquellos, que no hacen pública profession de ser honrados, son mas nocivos à la Sociedad, que aquellos que se gobiernan en el *Honor*, por nociones erroneas, y falsas. Mas esperanza hay de que se convierta un Herege, que un Atheista. Los hijos de la maldad, consideran el *Honor* como una imaginada, y fantastica invencion, que sirve unicamente para aterrar, y someter los Jovenes al capricho de sus mayores: representandoles una sombra, en lugar de una entidad sensible. De semejantes despreciadores del *Honor*, decia *Shakespear*, que las opiniones de estos sugetos eran como cabezas petrificadas, cuyas imaginations havian criado callos; y en quienes estaban apagadas aquellas brillantes, delicadas, y necessarias luces naturales, y propias, que brillan en genios puros, è innocentes. Los incredulos tratan à todas las cosas, que se oponen à sus fines, è intereses, de novelas, y ridiculeces, y por visionarios, y sugetos, que combaten à favor de una nube, y de una cosa, que no trae consigo de un modo visible, su recompensa, à los que buscan la verdad, ò la defienden con titulo de honrados. Los talentos, los intereses, y las experiencias de los que piensan libremente, y sin freno, les hacen casi siempre aborrecibles, è inutiles, para qualquier assunto. Y si logran tal vez fortuna, ò elevacion en el mundo, es menester considerarlo, como una estatua de marmol, y un borron, que en los Anales de los Países, afea à quien no llegue al templo de la fama, por el camino del *Honor*, y de la virtud.

A quantos hombres atribuimos el honroso epíteto de honrados, que no son dignos de èl; escaseandole à los que aborrecen la perfidia, el asesinato, la falsedad, el engaño, las fullerias en el juego, la usura, y la mohatraia en el Comercio?

Ocuparonme tanto estas consideraciones una tarde, que à fuerza de dexar remontar mis espíritus, quedè sin sentirlo adormecido, arrebatadas las facultades à los espacios imaginarios. Lleno de mi mismo, y dominado de no sè que genio, me pareciò, “que se me acercaba al pie de un repecho, en donde me hallaba, un Anciano, que, haciendome señal de seguirle, comenzò à trepar el monte, con diligencia, y ligereza. No me acuerdo, en què conocì que este viejo era la *Instruccion*, solo si hago memoria de que no dilatè un momento en obedecer la intimacion de su sigiloso precepto. Como no me era possible igualar con mis pocas fuerzas su mucha ligereza; èl, viendo que no podia seguirle, me agarrò de la mano. Eà, decia, no desmayarse, hasta que llegues al punto de tu alumbramiento. Subimos con animo resuelto hasta à alcanzar la cima; en donde, deteniendome, me mostrò todo el Horizonte, diciendo, que fuesse registrando la circunferencia para darle quenta de lo que advirtiesse. Mirè, y vi à la derecha un valle espacioso, y à la izquierda un campo, à que no hallè limites. Pareciòme, que el valle se terminaba à un monte tan alto, que se perdia en las nubes; y que su copa estaba tan resplandeciente, que apenas pude fixar sobre ella la vista. Dixelo a mi venerable Conductor, el qual me respondiò, que el valle era la palestra de los discipulos de la virtud, y la llanura el camino en que erraban vagantes, los sequaces del vicio. Notè, que la carrera de la virtud, era quebrada, mal cuidada, y tan escabrosa, que los transeuntes por ella, se lastimaban en las espinas, y abrojos de que estaba llena; y que la sola cosa, que hacia agradable, y deleytoso su espacio, consistia en el Cielo, que siempre estaba sereno: refrescando, y alentando los zephiros saludables, con suaves soplos, à los que caminan por ella, y confortandoles con apacibles, y bellos alientos, su natural, y segura conciencia.

El camino de la llanura, que es el del vicio, estaba cuidadosamente entretenido, y lleno de flores; cuya vistosidad, y fragancia recreaban à los sentidos humanos, sin dexar libertad al espiritu, para considerar, que toda esta belleza, y delicioso aspecto, era momentaneo, y de peligrosa frecuencia. Este campo era llano, y bello, pero tan cortado de sendas transversales, que todo su basto recinto padecia un intrincado, y ameno laberinto, que ocultaba entre verdoros las veredas. No obstante, à esta hermosura, y amenidad de suelo, afeaba mucho el Cielo, que siempre estaba triste, y cubierto de nubes. Jamàs favorecia à esta senda el Sol con rayos benignos, ni el ayre con soplos de benevolencia. Una atmosphaera opaca, y tenebrosa, continuamente ofuscada de vapores contagiosos, produce en los que transitan por esta via, adormecimiento, pesadèz, cansancio, tristezas, y sobresaltos. El monte, me decia mi Conductor, que registras desde lexos, es termino à que dirigen sus passos, todos quantos corren por ambos caminos. No menos aspiran à llegar à su empinada cumbre aquellos, que corren por el llano de los vicios, que los que à passo mesurado transitan por el Valle, al termino de la inmortalidad, y à la gloria de la virtud. Al pie del Monte se dexaba vèr el ameno Vergel de la Paz, y en su cima el magnifico Templo del *Honor*.

No te imagines, me decia el Anciano, que todos los Caminantes, aunque se fatiguen en el camino de la virtud, y aunque passen de la estancia de la paz, logren subir à lo alto del monte. Un precipicio espantoso, y honrendo [sic], que es menester franquear en el ultimo passo antes de llegar al Templo, aterraò [sic] de tal modo à muchos, que vencidos de su pusilanimidad, y miedo, buelven las espaldas al riesgo, y decifrando en si las inconstancias, y tibiezas, de los que toman el rumbo de la virtud, y suben con voluntad propia, y animosos, la falda, quedan por una indolencia criminosa, y momentanea descaminados à la vista de la dificultad postrera. Has de saber, continuaba, que las puertas del Templo del *Honor* no se abrieron siempre para todos aquellos que vencieron los rigores del camino, ni que se cerraron del todo, à los que no corrieron por su senda.

La subida del monte, es en una parte facil, suave, commoda, y la estraña fortuna de las cosas, à que preside el *Destino*, ha facilitado à muchos la entrada en el Templo, por medio del patrocinio, y buenos oficios de la *Opinion*, que es muy celebrada, y bien admitida en este parage. La *Opinion* tenia al principio à la *Verdad* por conductora; pero como el *Interès*, y la *Costumbre* se la atrevieron; muchos lograron ser admitidos en el Templo del *Honor*, sin haver subido el monte con el afan acostumbrado, y à otros se les negò esta gracia, aunque fatigados passaron el riesgo del precipicio, y consiguieron acabar su viage por el camino de la virtud. Lo que yo mas estrañaba, era vèr, que mi venerable Mentor me prevenia, que no obstante la injusticia, que se havia hecho à los ultimos, ninguno se lastimaba, ni condolia de su desventura, y menos rogaban ser admitidos, debocando cada qual sus penas, y bolviendo las espaldas à la *Opinion*, con despecho, y menosprecio. Muchos havia, que se reian de gozo de conocer su dignidad; y porque el mundo, por ignorancia, desestimaba el testimonio de los trabajos, que havian padecido; solo, por no confessar su merito, y por no darles el premio, que les correspondia.

Lleguemos por fin al Templo, que hallamos lleno de gentes, de que la mayor parte estaba al parecer alborotada, y mal contenta. Los sequaces de la virtud, que havian superado las dificultades del transito, discurrían medios para expeler de èl à los que havian entrado furtivamente, sin merito, y con una simple recomendacion de la *Opinion*; no queriendo ellos, que estos profanassen el sagrado. Y los sequaces del vicio, no pudiendo resistir à la *Razon*, y à la *Justicia*, que les eran contrarias, echaban mano à las armas para determinar con eflusion de sangre la controversia, tratando à sus contenedores de pusilanimes, que rehusaban de medir con ellos las fuerzas, y responder à su pretension insolente.

La Diosa, que presidia en el Templo, miraba con indignacion, y ceño el desacato, y los alborotos con que se manchaba su morada; y huyendose, por enmedio de todos, subiò al Cielo, donde arrodillandose à los pies de *Jupiter*, pedia, que no permitiesse, que un Templo destinado à servir de habitacion à los mortales, que, à costa de su sudor, y trabajo, havian seguido la senda de la virtud fuesse retiro, y recogimiento de otros, que, quebrantando sin verguenza las Leyes de la Sabiduria eterna, se havian precipitado en el abysmo de los vicios, y tratado insolentemente à los Discipulos leales de la Divinidad Suprema. Oyò *Jupiter* la sùplica de la Diosa. Alargòla su cetro, en señal de que la seria propicio; pero como no puede contravenir à las disposiciones del *Destino*, y que la recepcion de los malos, havia de correr siempre de cuenta de la *Opinion*, que los ampara, procurò consolar à la Diosa, dandola palabra, que cometeria à la *Razon* el examen de la conducta de los que en adelante se presentassen à las puertas del Templo del *Honor*: procurando, si fuesse possible, que la *Verdad* assistiesse con sus influxos à la Inquisicion de los meritos de cada uno.

Bolvió la Diosa con esto à la mansion de su gloria, y la *Razon*, para obedecer al supremo *Jove*, baxò al Templo. Pero no havia pisado sus umbrales, quando la *Discordia*, y el *Engaño*, seguidos de una numerosa comiva, quedaron suspensos, y atonitos, aguardando con respetuoso silencio, el paradero de una aparicion tan opuesta à su gusto. Aun no tenia acabado la *Razon* de exhibir sus credenciales, quando renovandose el primer alboroto, empezaron los protexidos de la *Opinion* à lisongearse, que la *Razon* favoreceria su causa; creyendo los que hacian mas ruido, que ellos eran los mas seguros de ganar el campo. La *Razon*, que conociò, que los acrehedores à la entrada del Templo, eran solo aquellos, que havian subido al monte por la senda de la virtud, juzgò necesario antes de resolver la expulsion, ò admission de nadie examinar las veredas, por donde cada qual havia venido. Pero este medio despues de algunas reflexiones, pareciò menos exequible en la practica, que antes havia parecido facil en la theorica.

Los sequaces del vicio, decian, que ellos, aunque no havian comenzado su viage por la senda de la virtud, havian entrado en ella al pie de la montaña. Que esta senda, en su sentir, era la unica, que havian conocido; porque no havian reparado en otra que conduxesse al pòrtico. Pero los partidarios de la virtud, contextaban este alegato; y la *Razon*, queriendo desentrañar la verdad de los hechos, se viò precisada, en medio de tantas enmarañadas circunstancias, à llamar à la *Opinion*, para que se declarasse sobre esta materia.

Nada se adelantò con esto. La *Opinion*, sabiendo apenas diferenciar entre los dos caminos, se escusò con decir, que ella concedia, ò negaba la entrada del Templo, en virtud de ciertos principios, ò nociones particulares, que tenia. La *Razon*, que oía, que la *Opinion* declaraba sin rebozo, quien era, se asustò terriblemente; pero disimulando, y queriendo calificar el valor de su juicio por su propio natural caracter, la preguntò, por què senda havia subido al Templo del *Honor*, aquel famoso Romano, que anegò el Mundo en raudales de sangre. La *Opinion* respondiò sin cortarse, que por la senda de la virtud; y que ella misma bien lo sabia, porque creia haverla visto desde lexos, en el propio camino, mirando su subida: y que por mas señas, hacia memoria, que el Heròe subiò tan aprisa, que nadie pudo seguirle. Luego que la *Razon* oyò este embuste, despidiò à la *Opinion* engañosa, à fin de proceder sola al examen del hecho.

Empezò à leer las representaciones, y memoriales de los que pretendian entrar en el Templo, y hallò, que los mas estaban llenos de extravagancias, y absurdos. Unos querian probar por el Mapa, que subieron al Monte por el camino de la virtud; pero ignorando la *Geographia*, demonstraban lo contrario de lo que pretendian. Otros decian, que havian corrido con tanta prisa, que no havian reparado en la senda por donde havian caminado, que solo sabian, que el camino era llano, y bien trillado; y que la mayor parte que transitaban por èl, le passaban sin tropiezo. Algunos decian, que no podian dár razon alguna del terreno, pues havian hecho su viage durmiendo; y no faltò quienes dixessen, que havian caminado ciegos, ò llenos de vino.

A todos ellos Pretendientes sellò la *Razon* con la marca de la reprobacion: pero no pudiendo arrojarlos del Templo, los entregò al brazo Seglar del *Tiempo*; à quien la *Opinion* ha reconocido siempre humilde vassallage, en lugar, que con la *Verdad* professa amistad verdadera. El orden que se diò à el *Tiempo*, quando le entregaron los relajados, era, que se valiesse de su autoridad, para echar del Templo del *Honor* à los indignos de su estancia; y que persuadiesse à la *Opinion* se valiesse de la *Verdad* en sus determinaciones. La *Justicia*, que para obedecer à estas ordenes assistiò al *Tiempo*, decretò que la *Opinion*, si continuasse à ser tan omissa, ò se mantuviesse por mas espacio en su descamino, quedaria abandonada, y entregada à la discrecion de la ridiculez: ente insensible, y el mas propio para castigar sin piedad; y el unico, que sea capaz de sujetar à una *Opinion* descaminada.

Yà se havia sabido en las oficinas de la *Razon*, que la *Opinion*, al solo chasquido del latigo de la *Ridiculez* se havia estremecido de miedo, y que havia prometido no faltar al reconocimiento del vassallage à la *Verdad*, siempre que se lo mandasse la *Justicia*. El *Tiempo*, me decia mi Venerable Anciano, executa las ordenes de la *Razon*; y aunque trabaja en echar del Templo à los que estuvieron admitidos, y en possession de su estancia muchos años: tambien procura obtener gracia para muchos, que quedaron excluidos; en lugar que la *Opinion*, sin embargo, de que tantas veces la castigò la *Ridiculez* su verdugo, no dexa de continuar siempre en gobernarse, por terquedad, y capricho. El mejor medio que se ha encontrado, para refrenar en algo sus estravios, es hacerla vèr el motivo que dà, para que muchos resistan indebidamente, y quizá sin quererlo, à los argumentos, y reglas invencibles de la *Razon*.

Aqui interrumpì el discurso de mi Conductor, con una exclamacion conque expliquè mis ansias. Còmo es possible, decia yo, dár honra à quien la desea, si la *Opinion* con su torpeza no sabe distinguir la virtud del vicio! y si la *Razon* misma no tiene bastante poder para señalar este premio à quien le merezca! Respondiòme el Venerable Anciano: Que los benemeritos del *Honor*, eran distinguidos en las regiones de la inmortalidad, à que los conduce

el Tiempo; y que este jamás permite que queden sepultados en el olvido. Entonces, y mientras yo preparaba otra pregunta, se me desapareció el Templo. El monte, en cuya cima me hallaba con la *Instrucción* mi Maestro, se baxò insensiblemente: las nubes opacas, que havian entoldado la llanura del vicio, se dissiparon con relampagos, y truenos: el miedo que me cercò por todas partes, me despertò, estremecido del sueño; y la triste memoria de este suceso, me obligò à tomar la capa, y el sombrero, para ir à desenojar el animo en el paseo.

FIN.

El Discurso siguiente saldrà el Sabado 12. de Septiembre de 1761.

En Madrid: Con las Licencias necesarias, en la Imprenta del Tribunal de la Santa Cruzada, Calle de las Hileras.

Se hallarà este, y todos los siguientes en las Librerias de Antonio Sancha, frente del Correo; en la de Bartholomè Lopez, Plazuela de Santo Domingo; y en la de Bartholmè Ulloa, frente del Salvador.